

**LOS GRANDES CLÁSICOS ILUSTRADOS**

# **AZABACHE**

**Anna Sewell**

adaptación de  
**Deirdre S. Laiken**

traducido por  
**Sol B. Gaitan**



**BARONET  
BOOKS**

**BARONET BOOKS, New York, New York**

# **LOS GRANDES CLÁSICOS ILUSTRADOS**

**colección dirigida por  
Malvina G. Vogel**

© de la cubierta MCMXC

Playmore, Inc., Publishers y  
Waldman Publishers Corp.  
New York, New York. Todos los derechos reservados.

© por el texto y las ilustraciones MCMLXXVII

Waldman Publishing Corp.  
New York, New York

por la traducción MCMXCIV

Playmore Inc., Publishers y  
Waldman Publishing Corp.,  
New York, New York

BARONET BOOKS es una marca registrada  
de Editions Playmore Inc. y  
Waldman Publishing Corp., New York, N.Y.

No se puede reproducir ni copiar este libro o cualquiera de sus partes,  
sin la expresa autorización escrita de la firma publicadora.

Impreso en Estados Unidos



Bajo la sombra de los árboles

## Capítulo 1

### Mi primer hogar

Cuando rememoro, mis primeros recuerdos son de un prado ondulado y una pequeña charca. Sobre la charca se inclinaban unos árboles verdes que daban sombra. Al otro lado crecían nenúfares.

Yo aún era potrillo. Me alimentaba de la leche de mi mamá. De día corría a su lado y de noche dormía con ella. En el tiempo cálido descansábamos bajo la sombra de los árboles de la charca. En el invierno nos íbamos a un establo caliente cerca del manzanar.

Aparte de mí, había seis potrillos más en el

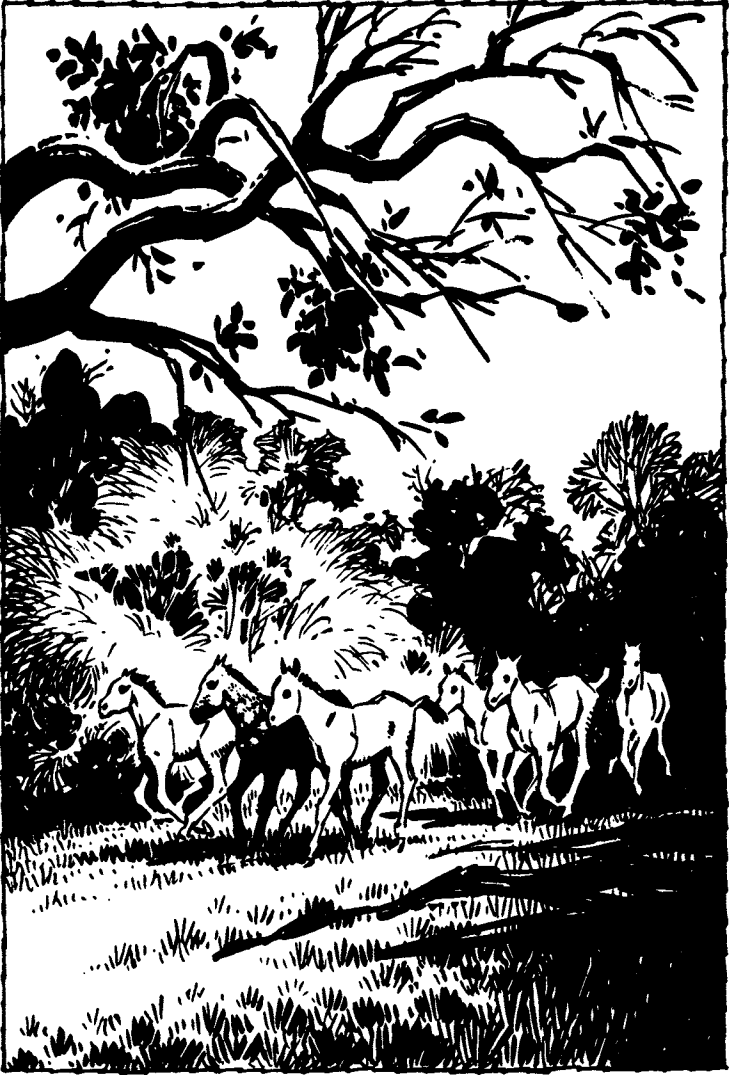
## AZABACHE

prado, todos mayores que yo. Algunos eran casi tan grandes como caballos adultos. Yo gozaba mucho corriendo con los potrillos. A veces también nos dábamos mordiscos y patadas.

Un día que nos pasamos de la raya dando patadas, mi mamá me relinchó para que fuera a donde ella y dijo, —Yo espero que seas bondadoso y bueno cuando crezcas y que nunca aprendas a ser malo. Haz bien tu trabajo, levanta los pies cuando trotes y nunca muerdas ni patees, ni siquiera jugando.

Nunca olvidé esos consejos de mi madre. Sabía que ella era sabia y que nuestro amo la quería mucho. Se llamaba Duquesa, pero él solía llamarla Mascota.

Era un hombre bueno. Nos alimentaba bien, nos daba un buen hogar y palabras amables. Nos hablaba como si fuéramos sus hijos. Todos lo queríamos. Cuando mi mamá lo veía en el portón relinchaba de alegría y corría hacia él. El amo la acariciaba y decía, —Bueno, vieja Mascota, ¿cómo está tu Azabachito?—.



Potrillos en el prado